

I

**C**reía firmemente en esta etapa de mi vida que la felicidad es una recompensa que llega a quien no la busca y cuando la vi allí paradita, de apariencia frágil, como muñeca de porcelana, me dije que era la mujer con la que podría estar por años complacido. Toda, toda ella exteriorizaba paz, como si nada pudiera descomponerla, ni el bullicio del gentío que a esa hora del mediodía llenaba la llamada feria de comidas del moderno centro comercial ni mi presencia al frente, todo desvencijado, con una chaqueta vieja colgando de mi hombro, unos jeans desteñidos y mi pelo blanco sin peinar. Pero la miraba y veía la vivacidad de sus ojitos

Eddy León Barreto

castaños como pajaritos y sus labios delgados, siempre listos para sonreír. Su rostro demasiado agradable, sin mucho maquillaje, dibujaba a una mujer madura pero muy conservada. Un pelo negro, negrísimo y bien cuidado, lo llevaba desplegado casi hasta la mitad de la espalda. Vestía de pantalón y blusa, y toda la sencillez de los accesorios de fantasía que llevaba en cuello, orejas y muñecas, me parecía que le lucían mejor que a cualquier joven de treinta, aunque predecía que ella estaba por alcanzar o superar los cincuenta. Tenía estilo para usarlos y hasta su paragua, que sostenía con la mano izquierda, le brindaba prestancia. Y me dije que conocerla sería mi felicidad, no podía equivocarme esta vez, y a pesar de estar a pocos metros de ella, no

encontraba la manera de enfrentarla. Me acordé de una frase pronunciada por Matt Damon en una escena de una película, en la que se impuso veinte segundos para preguntarle el nombre a una chica que le gustaba y había visto en una cafetería con la seguridad de que la haría su esposa, y me convencí que yo podía hacerlo en menos tiempo pero conté hasta cincuenta y no pude decirle nada. En verdad no me consideraba tan osado como para abordar a una mujer de mucha menor edad que la mía, y simplemente pensé que todo había sido una ilusión presuntuosa, de las que siempre aparecen sin ser llamadas. Y entonces, para mi sorpresa, fue ella, Lucía, como después supe que se llamaba, la que caminó hacia mí para preguntarme por la dirección de

Eddy León Barreto

un establecimiento y así de un “ nos tomamos un café y le explico” surgió una amistad que me llevó a conocer de su guía, a las pocas semanas, al llamado “proceso”, donde a través de “eso” aún estoy averiguando por qué esa sombra, no tan opaca, horizontal ella, se me aparece en cualquier momento a descampado, cuando camino o estoy en lugar techado, al frente, atrás, a los lados, y cuando la veo me da un verdadero pánico, porque comienzo a sudar y mi ritmo cardíaco se acelera de tal manera que no descarto que pueda morir en cualquier momento.

La raya de sombra, nombrémosla así, se me ha aparecido, o mejor dicho, la veo surgir desde hace muchos años, a veces dos o tres veces cada día, pero

desde que la recuerdo cuando la vi por primera vez, se me unió a un sueño recurrente en el que creo ser un niño, de unos diez años, parado viendo la costa sobre un pequeño montículo de arena del que sobresalen brozas secas, y emprende la carrera pero antes de llegar a la playa, ve a esa negrura al frente, sabe que no puede detenerse, lleva demasiado impulso y lo que escucha detrás es un grito angustiante de mujer que advierte a otros que algo se lo ha tragado cuando está a punto de llegar al mar. Me despierto sudoroso, sin saber si ese niño que creo ser yo murió ahogado o qué fue lo que lo tragó. Pero nunca había exteriorizado en público esa alucinación, hasta que Lucía aceptó llevarme a su círculo de amigos, donde se reunían un

Eddy León Barreto

día a la semana para hablar de deidad interior y la mejor manera de centrarse en la búsqueda del ser, de la esencia.

Pero para llegar hasta el “proceso” me tuve que enamorar de Lucía. La iba a buscar casi a diario a la salida de su trabajo y durante el trayecto hasta su casa lo que hacíamos era hablar y hablar, pero sin asomar mis intenciones, me mantenía muy discreto. Era que me sentía tan bien al estar en su compañía, que cuando me contó sobre el camino que había escogido para su realización personal, una especie de enseñanza de la llamada Nueva Era, le dije que me gustaría participar, y como lo esperaba, me llevó y así la pude tener conmigo por más tiempo. Las reuniones eran amenas y

concluían o se iniciaban con el facilitador, una persona de buena oratoria, guiando a todos hacia una meditación colectiva. Nunca en mi vida había tomado en serio esto de meditar, no tenía disciplina para ello, lo consideraba como un artificio lo de cerrar los ojos y desdoblarse e irse a un mundo distinto al de nuestra realidad diaria, para lo cual tenía que hacer el esfuerzo de centrarme en solo un pensamiento o en ninguno, cuando reconozco que tengo una mente demasiada ocupada y me cuesta un mundo vaciarla; pero una noche, cuando comenzó la meditación, no sé si por el cansancio de la jornada laboral o porque en verdad las palabras que escuchaba eran muy sugestivas, creí dormirme y desperté al rato con un grito enorme,

Eddy León Barreto

precisamente cuando viéndome niño corría hacia la playa y desaparecía. Todo el grupo, unas veinte personas, quedó sorprendido por mi reacción.

-¿Qué le pasa?-preguntó el facilitador.

-Oh, perdone, me dormí y tuve una pesadilla, no es nada, prosigamos- le dije, pero nadie quiso seguir, y se dio por concluida la sesión.

Lucía me acompañaba y de repente me preguntó:

-¿Qué soñabas que te causó ese grito tan espantoso?

-¿Espantoso, así de feo fue?

-Sí, muy feo, hasta yo me asusté.

-Una de esas pesadillas por mala digestión.

-Razonamiento ingenuo. Si tiene confianza en mí, ¿por qué no me cuenta?

-Bien, lo haré. Te invito a una comida rápida y te contaré.

Y esa noche revelé en detalles ese sueño.

Le dije también que tenía mucho tiempo soñando lo mismo. Nada variaba. Siempre igual.

-Y tengo casi la seguridad de que ese niño al que no le veo el rostro, soy yo.

Entonces me habló del “proceso”.

-¿Te has fijado que antes o después de cada sesión el facilitador pasa a un salón anexo con uno o dos estudiantes y al rato salen?

Eddy León Barreto

-Si- le respondí, mientras endulzaba la taza con café.

-Son personas que tienen alguna reticencia del pasado que se ve reflejada en sus acciones presentes, bien de rechazo a cualquier cosa, persona o acción, y acuden al facilitador quien los guía hasta encontrar lo que le impedía sanar una situación en particular. No sé si me explico.

-Sí, te entendí, pero ¿cómo lo hace?

No sé cómo lo hace, pero con palabras acertadas el “paciente”, llamémoslo así, se queda como en el limbo, ni dormido totalmente ni despierto, y comienza “un viaje” hacia las experiencias más ocultas de su niñez; se

puede llegar hasta reconocer nuestra presencia como embrión en el mismo útero de la madre.

-¿Así de profundo es eso?

-Eso me cuentan.

Yo me hecho cosas similares pero no he podido con ese sueño. Por lo menos he retrocedido en el tiempo, es decir, jurungado mi pasado buscando situaciones con cosas que de niño me afectaron y he “conversado” imaginariamente con él, llenándolo de afectos y así un problema en particular parece solucionarse.

-Eso es una técnica que aplican, creo, en los talleres del llamado Ho'pono'pono, pero de lo que yo le hablo es muy distinto.

Eddy León Barreto

-¿Y usted no habrá querido pasar por eso, experimentarlo?

-Superficialmente lo conocí. Sí, una sola vez, pero no llegué tan lejos, sólo quería saber por qué me he resistido al amor, a una nueva relación me explico, desde que me divorcié. No sabía qué hice o qué me hicieron para ver la vida de pareja de otra manera.

¿Y le funcionó?

Lucía hizo silencio. Me había contado que tenía seis años de un divorcio que le dejó como balance el hacerse cargo de sus tres hijos, hoy ya dos profesionales y el tercero concluyendo la secundaria.

## EL PROCESO

-Por lo menos estoy más abierta a la amistad masculina, y prueba de ello es nuestra relación- me respondió, pero inmediatamente aclaró: "De amistad".

-¿No cree en que puede ser la mujer ideal para otro hombre?-le pregunté como contando las palabras

-Y si ese hombre tuvo a otra, ¿no fue esa su mujer ideal? Podría repetir su error, ¿no es lo más sensato que ocurra? No quiero volver a permanecer sola.

Entonces fui yo el que se quedó en silencio, saboreando el café; y cambiando la conversación, le pregunté cuándo podría iniciar el tal "proceso".

-¿Está seguro de que quiere hacerlo?

-Sí, creo que sí. Es la oportunidad para saber qué suceso en mi vida me está bloqueando el conocer una

Eddy León Barreto

verdad que quiere aflorar en mis sueños pero no logra salir. Además, está eso de esa raya que se me presenta, que la he visto, pero mi reacción es de miedo, no sé si es una alucinación, una fabricación de mi mente y...

-Como usted es nuevo, yo le haré puente con el facilitador y lo fijaremos para la próxima semana.

-Le estaré agradecido, porque en verdad me he descuidado con ese problema, pasa el tiempo y no busco una solución para saber definitivamente...

-Señor...es tarde y tengo que llegar a la casa, por favor, ¿me lleva?

Lucía me interrumpió acertadamente porque, como después me confesó, compartía la angustia que me causaba el tener esa experiencia tan inusual.

-No me gusta verlo atormentado por eso- me reveló, cuando le pregunté por qué no le gustaba escucharme, cuando confesar problemas a las amistades resulta ser una buena terapia.

-Ya le dije que yo pasé por algo similar, y aunque parezca que mucho nos agrada que nos miren con compasión; es decir, lo conveniente de estar con los amigos en las buenas y en las malas, hay momentos en que mejor resulta dejar las cosas como están y esperar por otras alternativas, como la que le estoy proponiendo - finalizó diciendo, se paró, tomó su bolso y caminó hacia la salida de la cafetería. Esta actitud parecía innata en ella. Cuando decía “me voy”, no existían minutos extras.

Eddy León Barreto

A la semana siguiente, ya estaba preparado para la sesión especial, para involucrarme en el “proceso”. Pedí al facilitador que Lucía me acompañara para conocer después de su propia voz cuál había sido mi comportamiento, mis reacciones, y, por qué no decirlo, mis miedos. Todo empezó al cerrar los ojos e identificar la emoción que me estaba afectando. Luego escuché que leía y decía algo, me hacía preguntas y me guiaba en una especie de regresión buscando lo que después supe sería mi encuentro con mi niño interior. Apareció nítidamente mi sueño recurrente y comencé a describirlo, pero me ordenó ir más atrás, y vi que el niño que llegaba con mi madre y otros familiares a ese lugar de la costa, era yo, no tenía dudas. Se despojó de

la camisa, la lanzó a la arena, y permanecía de pie en pantalones cortos, mirando al horizonte.

-Hijo, te quedas allí, no bajas a la playa porque el mar es traicionero, no bajas, te lo advierto.

-Está bien, mamá.

Seguía sobre ese montículo, un pequeño cerro arenoso, y contemplaba el mar allá abajo, muy cerca, a pocos metros. La brisa marina era fuerte y hacía esfuerzo por sostenerse, para no caerse, porque era muy delgado, el viento casi lo tambaleaba. Pero las olas, la playa, y los bañistas que la disfrutaban, lo animaron a contravenir la orden impuesta. Volteó y miró a mi madre que sentada sobre un paño tirado en la arena, conversaba con otras amigas, pero aún así

Eddy León Barreto

seguía pendiente del muchacho, mirándolo, y oscilando un dedo de su mano recordándole de su advertencia.

-Te lo dije, te voy a dar una paliza- le escuchó decir después, mientras bajaba corriendo la pequeña colina para ir a conocer la playa, porque nunca antes se había metido en el agua del mar. Recordé aquí que a mí siempre que me llevaban tenía la expresa prohibición de no bañarme.

Empecé a sentirme como ese niño y estaba a punto de lanzarme al agua, cuando en mi loca carrera apareció de golpe esa raya, esa sombra, y no pude detenerme. Escuché detrás, nuevamente la voz de mi madre convertida ahora en grito desgarrador:

-¡Dios mío se lo ha tragado el mar!, se lo tragó, se lo tragó...

Y sus últimas palabras quedaron como un eco, hasta que desperté.

-Y bien, ¿qué te pareció la experiencia?- me preguntó Lucía, llegando a su casa después del silencio mutuo mantenido desde que abandonamos el local de las reuniones.

-Sorprendente es la palabra que la puede resumir- le respondí.

-Pero, ahora estás mejor que antes, ¿te sientes bien?

-Por lo que dijo el facilitador fue un paso de avance. Definitivamente el niño del sueño soy yo, le vi la cara claramente. Todavía tengo que saber qué más

Eddy León Barreto

pasó después de que “desaparecí”. También creo entender por qué viviendo cerca del mar nunca aprendí a nadar, me lo tenían prohibido. Parecía que mi mamá me cuidaba exageradamente, como si temiera perderme demasiado pronto, y se equivocó, porque ya estoy cruzando los sesenta y me mantengo con muy buena salud. Ahora, le pregunto: ¿cómo me vio?

-Para ser la primera vez, estaba tranquilo, aunque imagino que al final al reconocer a su madre, se puso muy nervioso, casi temblaba, pero en general estuvo bien.

-La próxima sesión puede resultar traumática, no sé qué encontraré si mi mente llega a revelarme lo que

pasó cuando me “esfumé.” Le agradecería enormemente que me acompañara, ¿le parece?

-Sí, estaré con usted, pero le pregunto ¿querrá llegar hasta el final si desde ahora piensa que será traumática? Creo que debe ser más optimista porque a lo mejor lo que conocerá será más agradable de lo que pueda imaginar y no suponer que de por sí deba ser muy malo.

-Tienes razón, bueno, nos vemos.

Cuando llegué a la casa, me mantuve pensando en lo que había recordado en esa primera experiencia con el “proceso”, que no era de ninguna manera una práctica hipnótica freudiana como la que se ilustra en películas, cuando el hipnotizador coloca frente al

Eddy León Barreto

paciente un reloj de bolsillo y comienza a moverlo como un péndulo, hasta que aquel queda como dormido. Tampoco lo deduje como una especie de sugestión controlada. No sabría cómo definirlo. Es que todo lo vi tan real, con muchos detalles, mi rostro de niño del que siempre he tenido memoria de que era así, la gente en la playa, a mi madre, a sus amigas, sentir el viento que soplaba tan fuerte y hasta la salinidad del mar que me pegaba en la cara, pero me preguntaba ¿por qué esa dedicación de sobreprotección que me tenía mi madre?, sabía que había crecido sin mi padre que residía en otra ciudad, pero no encontraba el motivo para vivir bajo una perenne advertencia de no hagas esto o no hagas aquello. Pero también estaba lo

de la raya. Qué cosa era esa raya, que se me aparece, se mueve, desaparece? La última vez que la vi, hará unos quince días. Caminaba una tarde por el parque y ubiqué mi banco predilecto para leer debajo del frondoso flamboyán centenario, que destacaba entre todos los árboles existentes. Era sábado, pero ya sabía que desde que la conocí los fines de semana no estaban hechos para hablar o salir con Lucía. Solo de lunes a viernes la mayoría de las veces. Me senté, leía y a la vez alzaba la vista para observar el verdor de las plantas, la grama, el agua plana del lago artificial, a unos niños que jugaban con un balón de fútbol, y de pronto apareció esa sensación de tranquilidad en la que todo se queda en silencio, o yo lo sentía así. No había ruido,

Eddy León Barreto

ni movimientos, unos instantes en los que solo privaba el orden, la serenidad, veía lo de antes pero de otra manera, difícil de explicar, como si el tiempo se hubiese detenido y fue en ese estado en el que surgió de la nada, a pocos metros de mí sobre la caminería de cemento, la raya oscura, y pude distinguir que dentro de esa sombra negra todo se movía, giraba como un remolino, y ya no veía con nitidez lo que antes estaba viendo. Creí que era suciedad en mis lentes y mientras limpiaba los cristales con el borde de la playera, lo que me intrigaba se desvaneció.